

HERRERA, FERNANDO DE (1534 – 1597)

CANCIONES

*Canción I*

Voz de dolor, y canto de gemido,  
y espíritu de miedo, embuelto en ira,  
hagan principio acerbo a la memoria  
d' aquel día fatal, aborrecido,  
que Lusitania mísera suspira,  
desnuda de valor, falta de gloria;  
y la llorosa istoria  
asombre con orror funesto y triste  
dend' el Áfrico Atlante y seno ardiente,  
hasta do el mar d' otro color se viste;  
y do el límite roxo d' Oriënte,  
y todas sus vencidas gentes fieras,  
vên tremolar de Cristo las vanderas.

Ay de los que pasaron, confiados  
en sus cavallos y en la muchedumbre  
de sus carros, en ti Libia desierta;  
y, en su vigor y fuerças engañados,  
no alçaron su esperança a aquella cumbre  
d' eterna luz; mas con sobervia cierta  
se ofrecieron la incierta  
vitoria, y sin bolver a Dios sus ojos,  
con ierto cuello y corazón ufano  
sólo atendieron siempre a los despojos;  
y el santo d' Israel abrió su mano,  
y los dexó; y cayó en despeñadero  
el carro, y el cavallo y cavallero.

Vino el día cruel, el día lleno  
d' indignación, d' ira y furor, que puso  
en soledad y en un profundo llanto  
de gente, y de plazer el reino ageno.  
El cielo no alumbró, quedó confuso  
el nuevo Sol, presago de mal tanto;  
y con terrible espanto,  
el Señor visitó sobre sus males,  
para umillar los fuertes arrogantes;

y levantó los bárbaros no iguales,  
que con osados pechos y constantes,  
no busquen oro; mas con crudo hierro  
venguen la ofensa y cometido ierro.

Los impios y robustos, indinados,  
las ardientes espadas desnudaron  
sobre la claridad y hermosura  
de tu gloria y valor; y no cansados  
en tu muerte, tu onor todo afearon,  
mesquina Lusitania sin ventura;  
y con frente segura  
rompieron sin temor, con fiero estrago  
tus armadas escuadras y braveza.  
L' arena se tornó sangriento lago,  
la llanura con muertos aspereza;  
cayó en unos vigor, cayó denuedo,  
mas en otros desmayo y torpe miedo.

¿Son éstos por ventura, los famosos,  
los fuertes y belígeros varones,  
que conturbaron con furor la tierra,  
que sacudieron reinos poderosos,  
que domaron las órridas naciones,  
que pusieron desierto en cruda guerra  
cuanto enfrena y encierra  
el mar Indo, y feroces destruyeron  
grandes ciudades? ¿Do la valentía?  
¿Cómo así s' acabaron y perdieron  
tanto eroico valor en solo un día;  
y lexos de su patria derribados,  
no fueron justamente sepultados?

Tales fueron aquestos, cual hermoso  
cedro del alto Líbano, vestido  
de ramos, hojas, con ecelsa alteza;  
las aguas lo criaron poderoso,  
sobre empinados árboles subido,  
y se multiplicaron en grandeza  
sus ramos con belleza;  
y, estendiendo su sombra, s' anidaron  
las aves que sustenta el grande cielo;  
y en sus hojas las fieras engendraron,  
y hizo a mucha gente umbroso velo,  
no igualó en celsitud y hermosura  
jamás árbol alguno a su figura.

Pero elevóse con su verde cima,  
y sublimó la presunción su pecho,  
desvanecido todo y confiado;  
haziendo de su alteza sólo estima.  
Por eso Dios lo derribó deshecho,  
a los impios y agenos entregado,  
por la raíz cortado;  
qu' opreso de los montes arrojados,  
sin ramos y sin hojas, y desnudo,  
huyeron dél los ombres espantados;  
que su sombra tuvieron por escudo;  
en su ruina y ramos, cuantas fueron,  
las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena  
murió el vencido reino Lusitano,  
y s' acabó su generosa gloria;  
no estés alegre y d' ufanía llena;  
porque tu temerosa y flaca mano  
uvo sin esperança, tal vitoria,  
indina de memoria;  
que si el justo dolor mueve a vengança  
alguna vez el Español corage,  
despedaçada con aguda lança,  
compensarás muriendo el hecho ultrage;  
y Luco amedrentado, al mar inmenso  
pagará d' Africana sangre el censo.

### *Canción II*

Si alguna vez mi pena  
cantaste tiernamente, Lira mía,  
y en la desierta arena  
deste campo estendido  
dende la oscura noche al claro día  
rompiste mi gemido;  
aora olvida el llanto,  
y buelve al alto y desusado canto.

No celebros los hechos  
del duro Marte, y sin temor osados  
los valerosos pechos,  
la siempre insine gloria,  
d' aquellos Españoles no domados;

que para la memoria,  
que canto me da aliento  
Febo a la voz, y vida al pensamiento.

Escriva otro la guerra,  
y en Turca sangre el ancho mar cuajado,  
y en l' abrasada tierra  
el conflicto terrible,  
y el Lusitano orgullo quebrantado  
con estrago increíble;  
que no menor corona  
texe a mi frente el coro d' Elicona.

A la grandeza vuestra  
no ofenda el rudo son de osada lira;  
que en lo poco que muestra,  
glorioso Fernando,  
aunque desnuda de destreza espira,  
el curso refrenando  
el sacro Esperio río  
mil vezes se detuvo al canto mío.

El linage y grandeza,  
y ser de tantos reyes decendiente,  
la pura gentileza  
y el ingenio dichoso,  
qu' entre todos os hazen ecelente,  
y el pecho generoso,  
y la virtud florida,  
de vos prometen una eroica vida.

No basta no el imperio,  
ni traer las cervizes umilladas  
presas en cativerio  
con vencedora mano;  
ni que de las vanderas ensalçadas  
el Cita y Africano  
con medroso semblante,  
y el indo y persa sin valor s' espante.

Que quien al miedo obliga  
y rinde el corazón, y desfallece  
de la virtud amiga;  
y va por el camino,  
do la profana multitud perece,  
sugeto al yugo indino

pierde la gloria y nombre,  
pues siendo más, se haze menos ombre.

Los Éroes famosos  
los niervos al deleite derribaron,  
que ni en los engañosos  
gustos, ni en lisongeras  
vozes de las sirenas peligraron;  
ante las ondas fieras  
atravesando fueron,  
por do ningunos escapar pudieron.

Seguid, Señor, la llama  
de la virtud, qu' en vos sus fuerças prueva;  
que si bien os inflama  
de su amor en el fuego,  
viendo su bella luz, con fuerça nueva,  
sin admitir sosiego,  
buscaréis en el suelo  
la que consigo os alçará en el cielo.

No os desvanesca el pecho  
la sobervia inorante y engañada,  
ni lo mostréis estrecho;  
que para aventajaros  
entre las sombras desta edad culpada,  
devéis siempre esforçaros,  
que sólo es vuestro aquello,  
que por virtud pudistes merecello.

Aquél que libre tiene  
d' engaño el coraçón, y sólo estima  
lo qu' a virtud conviene;  
y sobre quanto precia  
el vulgo incierto, su intención sublima,  
y el miedo menosprecia,  
y sabe mejorarse,  
sólo señor merece y rey llamarse.

Que no son diferentes  
en la terrena masa los mortales;  
pero en ser ecelentes  
en virtud y hazañas,  
se hazen unos d' otros desiguales,  
estas glorias estrañas,  
en los que resplandecen,

si ellos no las esfuerçan, s' entorpecen.

Por el camino cierto  
de las divinas Musas vais seguro;  
do el cielo os muestra abierto  
el bien, a otros secreto,  
con guía tal, qu' en el peligro oscuro  
de perturbado afeto  
venciendo el duro asalto,  
subiréis de la gloria en lo más alto.

Y porque las tinieblas,  
fatal estorvo a la grandeza umana,  
no ascondan en sus nieblas  
el valor admirable,  
haré qu' en vuestra gloria soberana  
siempre Talía hable;  
y que la bella Flora,  
y los reinos la canten de l' Aurora.

### *Canción III*

Cuando con resonante  
rayo, y furor del braço poderoso  
a Encélado arrogante  
Iúpiter gloriöso  
en Edna despeñó vitoriöso;

y la vencida Tierra,  
a su imperio sugeta y condenada,  
desamparó la guerra,  
por la sangrienta espada  
de Marte, con mil muertes no domada;

en la celeste cumbre  
es fama, que con dulce voz presente  
Febo, autor de la lumbre,  
cantó suävemente  
rebuelto en oro la encrespada frente.

La sonora armonía  
suspende atento al inmortal senado;  
y el cielo, que movía  
su curso arrebatado,  
se reparava al canto consagrado.

Halagava el sonido  
al alto y bravo mar y airado viento  
su furor encogido,  
y con divino aliento  
las Musas consonavan a su intento.

Cantava la vitoria  
del cielo, y el orror y l' aspereza,  
que les dio mayor gloria,  
temiendo la crueza  
de la Titania estirpe y su bruteza.

Cantava el rayo fiero,  
y de Minerva la vibrada lança,  
del rey del mar ligero  
la terrible pujança,  
y del Ercúleo braço la vengança.

Mas del sangriento Marte  
las fuerças alabó y desnuda espada,  
y la braveza y arte  
d' aquella diestra armada,  
cuya furia fue en Flegra lamentada.

A ti, dezía, escudo,  
a ti valor del cielo poderoso,  
poner temor no pudo  
el escuadrón dudoso,  
con enroscadas sierpes espantoso.

Tú solo a Oromedonte  
diste bravo y feroz orrible muerte  
junto al doblado monte,  
y con dichosa suerte  
a Peloro abatió tu diestra fuerte.

O hijo esclarecido  
de Iuno, ô duro y no cansado pecho,  
por quien Mimas vencido,  
y en peligroso estrecho  
el pavoroso Runco fue deshecho.

Tú, ceñido d' azero,  
tú, estrago de los ombres rabiöso,  
con sangre órrido y fiero,

y todo impetuoso,  
el grande muro rompes presuroso.

Tú encendiste en aliento  
y amor de guerra y generosa gloria  
al sacro Ayuntamiento,  
dándole la vitoria,  
que hará siempre eterna su memoria.

A ti Iúpiter deve,  
libre ya de peligro, qu' el profano  
linage, que s' atreve  
alçar armada mano,  
sugeto sienta ser su orgullo vano.

Mas aunque resplandesca  
esta vitoria tuya esclarecida  
con fama, que meresca  
tener eterna vida,  
sin que d' oscuridad esté ofendida;

vendrá tiempo, en que sea  
tu nombre, tu valor puesto en olvido;  
y la tierra posea  
valor tan escogido,  
qu' ante él, el tuyo quede oscurecido.

Y el fértil Occidente,  
en cuyo inmenso piélago se baña  
mi veloz carro ardiente,  
con claro onor d' España,  
te mostrará la luz desta hazaña.

Que el cielo le concede  
de César sacro el ramo gloriöso,  
que su valor erede;  
para qu' al espantoso  
Turco quebrante el brío corajoso.

Vêras' el impio vando  
en la fragosa, inacisible cumbre,  
que sube amenazando  
a la celeste lumbre,  
confiado en su osada muchedumbre.

Y allí de miedo ageno



corre, cual suelta cabra, y s' abalança  
con el fogoso trueno  
de su cubierta estança,  
y sigue de sus odios la vengança.

Mas luego qu' aparece  
el joven d' Austria en la enriscada sierra,  
el temor entorpece  
a la enemiga tierra,  
y con ella acabó toda la guerra.

Cual tempestad ondosa,  
con orrisono estruendo se levanta,  
y la nave, medrosa  
d' aquella furia tanta,  
entre peñascos ásperos quebranta.

O cual del cerco estrecho  
el flamígero rayo se desata  
con largo sulco hecho,  
y rompe y desbarata,  
cuanto al encuentro su ímpetu arrebatá.

La Fama alçará luego,  
y con doradas alas, la Vitoria  
sobre el orbe del fuego,  
resonando su gloria  
con puro resplandor de su memoria.

Y llevarán su nombre  
de los últimos soplos d' Occidente  
con inmortal renombre  
al purpúreo Oriënte,  
y a do iela y abrasa el cielo ardiente.

Si Peloro tuviera  
de su ecelso valor alguna parte,  
él solo te venciera,  
aunque tuvieras, Marte,  
doblado esfuerço y osadía y arte.

Si éste valiera al cielo  
contra el profano ejército arrogante,  
no tuvieras recelo,  
tú, Iúpiter tonante,  
ni arrojaras el rayo resonante.

Traed pues ya bolando  
ô cielos, este tiempo espaciöso  
que fuerça dilatando,  
el curso gloriöso;  
hazed, que se adelante presuroso.

Así la lira suena,  
y Iove el canto afirma, y s' estremece  
sacudido, y resuena  
el cielo, y resplandece,  
y Mavorte medroso s' oscurece.

#### *Canción IV*

Esparze en estas flores  
pura nieve y rocío  
blanca y serena luz de nueva Aurora,  
y con varios colores  
se vista el bosque frío  
de los esmaltes de la rica Flora;  
pues la ecelsa Eliodora  
ya muestra su belleza,  
a do con alta frente  
da Betis su corriente,  
llevando al mar tendida su grandeza;  
y vos, lumbres del cielo,  
mirad felices nuestro Esperio suelo.

Roxo Sol, qu' el dorado  
cerco de tu corona  
sacas del hondo piélagó, mirando  
el Ganges derramado,  
el Darién, la Sona,  
y del divino Nilo el fértil vando;  
si tú llegares, cuando  
esta serena Estrella  
alça al rosado cielo,  
dando alegría al suelo,  
los ojos, do está Venus casta y bella,  
d' aquellos rayos ciego,  
arderás, en tus llamas hecho fuego.

Luna, que resplandeces  
sola, fría, argentada

en el callado velo tenebroso;  
y tu luz enriqueces  
en la hacha inflamada  
del Sol con resplandor maravilloso;  
Si el Luzero hermoso,  
do el puro Amor s' alienta,  
mirares, encendida  
en llama esclarecida,  
qu' a limpias almas en vigor sustenta,  
correrás por la cumbre  
con grande y siempre eterna y clara lumbre.

Junta a inmensa belleza  
ya está la cortesía,  
y suma onestidad y umilde trato  
con valor y grandeza,  
en el dichoso día  
qu' el cielo largo la bolvió más grato,  
vivo y puro retrato  
d' inmortal hermosura,  
rayo d' amor sagrado  
qu' a su consorte amado  
consigo junto en fuego eterno apura;  
y si parte le ofende,  
es qu' el velo mortal su bien comprende.

El sacro rey de ríos,  
que nuestros campos baña,  
al bello aparecer deste Luzero  
cubrió los vados fríos  
al pie de la montaña,  
do vio resplandecer su Sol primero,  
del oro que el Ibero  
en las cavernas hondas  
procura, y con las flores  
compuso en mil colores,  
y con perlas el curso de las ondas;  
y, esclareciendo el cielo,  
esparzió olor suäve en torno el suelo.

Las Gracias amorosas  
con las Ninfas un coro  
texieron en el claro, undoso seno;  
y de purpúreas rosas  
embueltas en el oro  
con ámbar oloroso y flores lleno,

dulce despojo ameno  
del revestido prado,  
las guirnaldas mezclaron,  
y alegres coronaron  
el cabello sutil, crespo y dorado,  
que, cual de las estrellas,  
por el aire bolaron sus centellas.

El alto monte verde,  
que de Palas es gloria,  
sintiendo en sí los pies de su señora,  
su tristeza ya pierde,  
y le da la vitoria  
aquel, do Prometeo gime y llora;  
y donde la sonora  
lira de Tracia espira;  
el sagrado Elicona  
con florida corona,  
y do Atlante del peso no respira;  
pues su cumbre sostiene  
la belleza, qu' el cielo en tierra tiene.

Yo entretexer quisiera  
su nombre esclarecido  
entre la blanca Luna y Sol dorado;  
y su gloria pusiera  
en el peplo estendido,  
qu' en otra edad Atenas vio estimado;  
cuando el tiempo llegado  
Minerva es celebrada.  
Dichoso el año y día;  
y es quien vê el año y día.  
Allí herido está con asta airada  
el áspero Tifeo,  
que muerto pierde todo su deseo.

Mas pues que la rudeza  
deste mi débil canto,  
causado d' un deseo simple y vano,  
no puede a su belleza  
dalle la gloria, quanto  
merece el valor suyo soberano,  
y mi intento es en vano;  
Cisnes, que la corriente  
de Betis vais cortando,  
el canto vuestro alçando,

su nombre y gloria resonad presente;  
si oyan Zéfiro y Flora  
su inmensa hermosura con l' Aurora.

Di umilde a esta Luz pura;  
sufra vuestra belleza  
mi rústica simpleza.

### *Canción V*

Inclinen a tu nombre, ô luz d' España,  
ardiente rayo del divino Marte,  
Camilo, y el belígero Africano,  
y el vencedor de Francia y d' Alemaña,  
la frente, armada de valor y d' arte;  
pues tú, con grave seso y fuerte mano  
por el pueblo Cristiano  
contra el ímpetu bárbaro sañudo  
pusiste osado el generoso pecho,  
cayó el furor ante tus pies desnudo,  
y el impio orgullo Vándalo deshecho,  
con la fulmínea espada traspasado,  
rindió l' acerba vida al fiero hado.

De ti temblaron todas las riberas,  
todas las ondas, cuantas juntamente  
las colunas del grande Briäreo  
miran; y al tremolar de tus vanderas,  
torció el Nilo medroso la corriente,  
y el monte Libio, a quien mostró Perseo  
el rostro Meduseo,  
las cimas altas umilló rendido  
con más pavor, que cuando los gigantes,  
y el áspero Tifeo fue vencido,  
postráronse los bravos y arrogantes,  
temiendo con espanto y con flaqueza  
el vigor de tu ecelsa fortaleza.

Pero en tantos triünfos y vitorias,  
la que más te sublima y esclarece,  
de Cristo ô ecelsa capitán, Fernando,  
y remata la cumbre de tus glorias,  
con qu' a la eternidad tu nombre ofrece;  
es, que peligros mil sobrepujando,  
bolviste al sacro vando,

y a la cristiana religión traxiste  
esta insine ciudad y generosa;  
qu' en cuanto Febo Apolo de luz viste,  
y ciñe la grande orla espaciösa  
del mar cerúleo, no se vê otra alguna  
de más nobleza y de mayor fortuna.

Cubrió el sagrado Betis de florida  
púrpura y blandas esmeraldas llena  
y tiernas perlas, la ribera ondosa,  
y al cielo alçó la barba revestida  
de verde musgo; y removió en l' arena  
el movable cristal de la sombrosa  
gruta y la faz onrosa,  
de juncos, cañas y coral ornada,  
tendió los cuernos úmidos, creciendo  
l' abundosa corriente dilatada,  
su imperio en el Océano estendiendo;  
qu' al cerco de la tierra en vario lustre  
de sobervia corona haze ilustre.

Tú después que tu espíritu divino,  
de los mortales nudos desatado,  
subió ligero a la celeste alteza,  
con justo culto, aunqu' en lugar, no dino  
a tu inmenso valor, fuiste encerrado;  
hasta qu' aora la real grandeza,  
con eroica largueza  
en este sacro templo y alta cumbre  
trasfiere tus despojos venerados,  
do toda esta devota muchedumbre,  
y sublimes varones, umillados  
onran tu santo nombre gloriöso,  
tu religión, tu esfuerço belicoso.

Salve, ô defensa nuestra, tú que tanto  
domaste las cervizes Agarenas,  
y la fê verdadera acrecentaste,  
tú cubriste a Ismael de miedo y llanto,  
y en su sangre ahogaste las arenas,  
qu' en las campañas béticas hollaste;  
tú solo nos mostraste,  
entre el rigor de Marte viölento,  
entre el peso y molestias del gobierno,  
juntas en bien travado ligamento,  
justicia, piëdad, valor eterno;

y cómo puede, despreciando el suelo,  
un príncipe guerrero alçars' al cielo.